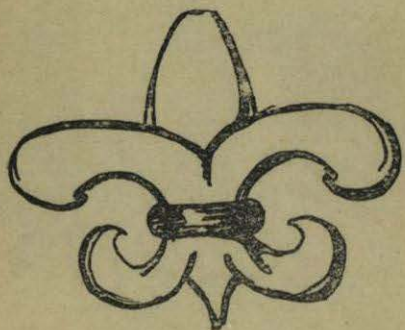


PAISAJES SENTIMENTALES



I

Entre un tronar de férreas tempestades,
del vagón por la abierta ventanilla,
pasan, con rapidez de pesadilla,
campos, altas montañas y ciudades...

Precipicios de horror; fragosidades
donde la nieve del invierno aún brilla:
la campiña desierta y amarilla,
y las frescas y verdes heredades...



Mas de todo, recuerdo solamente,
 espejando su albura en la corriente,
 una humilde casita, limpia y bella,

entre el florido naranjal perdida...
 — ¡Una casita como esa, y ella!...
 ¿Qué más puede pedirsele á la vida?...



II

En la profusa y áspera maraña
 del bosque que en la siesta se adormila,
 el reflejo del sol es una araña
 que entre las ramas sus fulgores hila.

Como una ninfa trémula y huraña,
 libre de acechos de mortal pupila,
 se desnuda el espíritu y se baña
 en el remanso de esta paz tranquila.

Sobre el cristal de la corriente clara,
 en lo más hosco de la selva, para
 que ni un reflejo de la luz le bese,

hay un nido de errantes ruiseñores...
 ¡Ay, quién tuviera un nido como ese,
 para ocultar en él nuestros amores!



III

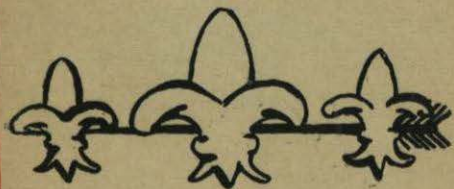
El jardín otoñal. En el silencio
 profundo de la hora vespertina,
 el sol es como un cirio que ilumina
 el lento agonizar de un moribundo.

Un dobe funeral viene del mundo,
 fugitivo, como una golondrina
 que emigra. Sopla el viento en la vecina
 selva, un largo responso gemebundo!...



Bajo el dosel en paz de la arbol da,
lento un rosal disipa su blancura
á las caricias de la tarde roja...

¿Cuando muera este amor, manos de s' da,
cavad, cavad su humilde sepultura,
al pie de ese rosal que se deshoja!



IV

En un banco, al amparo del ramaje
de una acacia, destácase el relieve
de tu cuerpo de diosa, entre la leve
trasparencia azulada de tu traje.

Un abanico de áureo varillaje
entre tu mano de marfil se mueve,
acariciando la impoluta nieve
que late y tiembla en su prisión de encaje.

Perdidas en la vaga lejanía
 ¿qué buscan tus pupilas ojerosas?...
 ¡Oh, quién fuera el pastor de azul pellico

que los misterios de tu seno espía,
 asomando su rostro entre las rosas
 del paisaje de Abril de tu abanico!



V

Jardín ¿qué ha sido de tu lozanía?...
 De la antigua grandeza, sólo existe
 el harapo de oro con que viste
 el Otoño tu gris melancolía!

¡Ni una rosa perfuma tu agonía
 de tantas rosas como ayer tuviste!...
 Jardín en abandono ¿qué es más triste,
 tu soledad sin flores ó la mía?...

Sólo un musgoso surtidor levanta
su penacho de vivas claridades,
perfumando el silencio con su canto...

¡Corazón, corazón!, ¡qué triste canta
en el mustio jardín de tus saudades
el surtidor oculto de mi llanto!



VI

En el patio, de sol resplandeciente,
difunde el arrayán su olor salobre...
El cristal de la alberca es como un cobre
donde espuma sus oros el Oriente.

Viejo naranjo de verdor naciente,
rico en herrumbres y de frutos pobre,
su ancha sombra de paz derrama sobre
el marmol melodioso de una fuente...

En un sueño de extáticos brahamañes
se yerguen los cipreses... Primavera
deshoja sus jazmines en la brisa...

¡Oh, si de pronto, entre los arrayanes,
este silencio de cristal rompiera
el oro fugitivo de tu risa!...



VII

Exterior sin ornato y sin poesía,
— cal y ladrillos — miserable y feo;
y dentro, el deslumbrante centelleo,
y la rica y vivaz policromía

de alcázares de oro y pedrería,
y jardines de encanto y devaneo...
Todo cuanto pedir pueda el deseo
á la más desbordante fantasía!...

Sobre fragantes pieles de panteras,
 las Horas danzan como bayaderas,
 entre rumor de guzlas y de besos

y perfumes de nardos y rosales...
 Mi amor—por dentro y fuera—es como esos
 misteriosos palacios orientales!



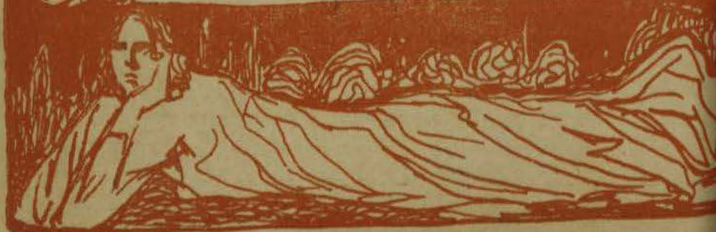
VIII

A la orilla del mar, sobre una roca,
 desnudo y solitario á todo evento,
 devorando su propio pensamiento
 con la hambrienta nostalgia de su boca,

el Desterrado, en su actitud evoca
 ese bárbaro y trágico tormento
 que agita al mar cuando al fragor del viento
 en los peñascos sus espumas choca.

En cada gesto suyo se revela
ese dolor de ensueño disipado
que hasta al mismo consuelo desconsuela...

¡Oh, tremendo escultor, con tu divino
cincel, en blanco marmol has tallado
la negra maldición de mi destino!



IX

A la luz de una lámpara de arcilla
lee un monje un infolio... De repente
palidece de angustia porque siente
la caricia de un seno en su mejilla...

Es su eterna visión, la pesadilla
desnuda y blanca de su carne ardiente,
que le ciñe en sus brazos sonriente,
y entre sus senos su cabeza humilla...



Muere la luz... Cuando en la vidriera
sus paisajes de sol esmalta el día,
el monje yace inmóvil... Se dijera

que un vampiro la sangre le ha chupado..
(¡Ay, para ti, hasta el sueño, carne mía,
tiene ojeras y angustia de pecado!) ..



X

Yo he visto en algún lienzo, no se cuando
ni dónde, á un noble caballero moro
y á un hidalgo cristiano, batallando
bajo un diluvio torrencial de oro.

E impasible el combate presenciando,
á la sombra de un verde sicomoro,
un sátiro jovial, está ensayando
en su siringa un cántico sonoro...

Mientras la Cruz contra la Media Luna
combate, la inmortal Naturaleza,
burlándose de todo fanatismo,

en su tosca siringa entona una
melodiosa canción á la Belleza...
Podéis mirar el cuadro: ¡Soy yo mismo!...



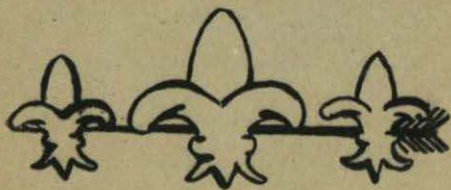
XI

Eres ténue y suave... Tienes esa
fragilidad lunática y liviana
de una pálida virgen japonesa
en un tabor de fina porcelana...

(Bajo un cielo enfermizo de turquesa
el verdor de un cerezo se amanzana,
y de sus frutos la encendida grana
toma tonos anémicos de fresa)...

Tu pálida belleza, prisionera
 en el kimono de enlunados rojos,
 el humo y la ceniza nos evoca...

Tan sólo viven en tu faz de cera
 las dos gotas de tinta de los ojos
 y la mancha de lacre de la boca!...



XII

Está tan lejos, corazón, tan lejos!...
 Su recuerdo (¡qué horror!) tiene ese tono
 borroso que ennegrece el abandono
 en las figuras de los cuadros viejos!...

¿Qué hoscas nubes velaron tus reflejos,
 sol de mi juventud?... ¡Divino icono,
 sólo un débil des'ello de tu trono
 dora la antigüedad de mis espejos!...

Nada es preciso en tu recuerdo... Nieblas
 amortajan en sombras tu figura...
 Sólo á veces, rasgando las tinieblas

del nocturno pavor de mis enojos,
 pasa, como un relámpago, la obscura
 y divina tristeza de tus ojos!



XIII

Sólo mancha el azul del mar y el cielo
 una vela latina que se aleja,
 y en la distancia, al blanquear, semeja
 el adiós, lento y triste, de un pañuelo.

¡Oh, gloriosa ambición! ¿Por qué tu anhelo
 el firme amparo de la costa deja,
 y otra vez tiendes, gaviota vieja,
 á los misterios del azar, tu vuelo?

¿Qué buscas en el seno de los mares?...
El mismo viento que tus lonas riza
en el mar hundirá tu carabela...

¡Nada hay tan triste como los cantares
que entona el marinero cuando iza
para zarpar la temblorosa vela!



XIV

Ese gris de la lluvia se me entra
por las pupilas, y en lo más profundo
del corazón, parece que concentra
todo el fastidio que envenena al mundo!

Ni esperanza de luz mi vista encuentra;
con el gris de los cielos me confundo,
y la vida, del pecho se descentra,
con un rudo estertor de moribundo!...

Surge—¡oh, viento!—y arrastra en tu carrera
este gris que amenaza amortajarnos!...

¡Recuerdo, el velo del dolor levanta,

y déjame, á lo menos, ver siquiera
aquel rayo de Sol, que al separarnos,
nimbó de oro su perfil de santa!...



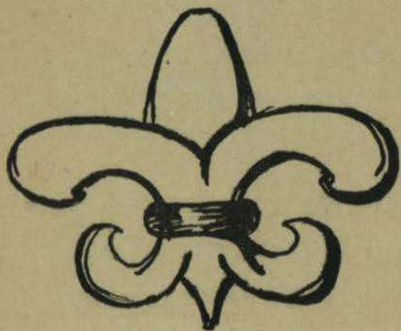
XV

Corazón, corazón, ¿á dónde vamos?...
Qué te importan las luces de la Aurora,
si todo en tu sendero gime y llora,
y mustios ruedan los floridos ramos?...

Lo que ayer desdeñosos despreciamos
nuestra pobreza franciscana implora...
¡Que mendigar tendremos desde ahora
todo cuanto aturdidos derrochamos!...

Ya nuevos frutos del amor no esperes!...
 Babeando lujuria, como un perro,
 ¿qué vas buscando en tu ansiedad funesta,

si en los festines del amor hoy eres
 como el desfile de un mezquino entierro
 por los bullicios de una calle en fiesta!...



XVI

¡Tristeza de la gris tarde lluviosa,
 sin ojos de mujer!... En lo más santo
 del alma ¿cómo siento la angustiada
 humedad disolvente de tu llanto,

que se filtra y resbala silenciosa,
 mientras se pudre el corazón de espanto,
 como por las rendijas de una fosa
 olvidada en un viejo camposanto!...

Al mirarte llorar, tarde sombría,
 en lágrimas se anega el alma mía!...
 Y parece que todo cuanto existe

también está llorando, cual si entera
 la vida universal se disolviera
 en un llanto inmortal, muy lento y triste!...



XVII

Junto al fuego la vida tiene en esta
 hora de paz nocturna, una tranquila
 dulcedumbre... Deslumbra la pupila
 un áureo resplandor de antigua fiesta.

Siguiendo el ritmo de invisible orquesta,
 para el amor, nuestra esperanza hila
 la más divina túnica... Destila
 la hora un perfume de gloriosos gesta.



Sobre un mar de esmeraldas se desliza
nuestra vida, lo mismo que un navío
que ni una nube en el espacio advierte...

Mas ¡ay, de pronto nuestro vello eriza,
pasando, como un rauda escalofrío,
el pánico espantoso de la Muerte!



XVIII

¡Como tu angustia y tu tristeza siento,
tarde lluviosa y gris, anubarrada,
igual que una conciencia atormentada
por los fantasmas del remordimiento!..

‘Cual los aullidos trágicos del viento
por la espectral floresta deshojada,
por mi carne, de amar extenuada,
pasa el rujido del deseo hambriento!...



Tanta sombra en el cielo se condensa
como en mi corazón de sombra henchido!...

¿Y cómo no sentir tu angustia inmensa

— ¡oh, tierra cenagosa y amarilla! —
cuando sé que seré, que soy y he sido
también formado de tu misma arcilla!...



XIX

¡El amor goza y sangra entre tus brazos!...
Eres cruel y bella... Tus moriscos
y dulces ojos, al mirar ariscos
son para el corazón como saetazos!...

Tus blancas manos de perfectos trazos
son lobos que devoran mis apriscos...
Siempre acaban tus besos en mordiscos
y en ahogos de sierpes tus abrazos!...

¿Qué te importa el suplicio de mi vida,
y lo grande y profundo de mi herida,
si al ver brotar la sangre, te sonríes

bajo la sombra azul de tu cabello?...

Tal vez pienses: — ¡Magníficos rubíes
para ornar las alburas de mi cuello!...



XX

Todos mis entusiasmos fueron vanos!...
Y á ti vuelas á buscar paz y guarida
lo único que dejaron los milanos
del gran ensueño alado de mi vida!...

Viene de recorrer mundos lejanos...
Es un recuerdo agonizante... Cuida
su corazón entre tus santas manos
como si fuese una paloma herida!...

De aquel alado y orgulloso ensueño,
que el mundo halló para su afán pequeño,
ahora — rotas sus alas — sólo queda

un palpitante corazón herido
que entre tus manos de fragancia y seda,
se va muriendo de dolor y olvido!



XXI

¡Ningún consuelo á mi dolor alcanza,
que al entrar en tu amor, dejé á la puerta,
con los despojos de mi carne muerta,
la esperanza de mi última esperanza!...

Mi memoria borró la lontananza!...
En la infinita soledad desierta,
como una cruz sobre el olvido abierta,
yace, clavada por tu férrea lanza!...

Y mi alma amarrada al duro leño
de este amor imposible aun para el sueño,
en bárbaro estertor estremecida,

se retuerce en las llamas del infierno,
sin esperanza, en medio del eterno
círculo de serpientes de la vida!...



XXII

Soñada paz... ¡Oh, místico consuelo
para tanta inquietud y tanta guerra!...
¿Qué impenetrable y misterioso velo
los paraísos de tu amor encierra,

que inútilmente le buscó mi anhelo,
y aun por buscarte, en vano, sangra y erra?...
Mis ojos no te hallaron en la tierra,
ni mi esperanza te encontró en el cielo!...

¿Dónde te esconde mi destino? ¿Dónde?...
 Y á los clamores de mi afán responde,
 una voz que es al par suave y triste,

que impregna el alma de inmortal esencia:
 — La paz que buscas, corazón, si existe,
 sólo puedes hallarla en tu conciencia!



XXIII

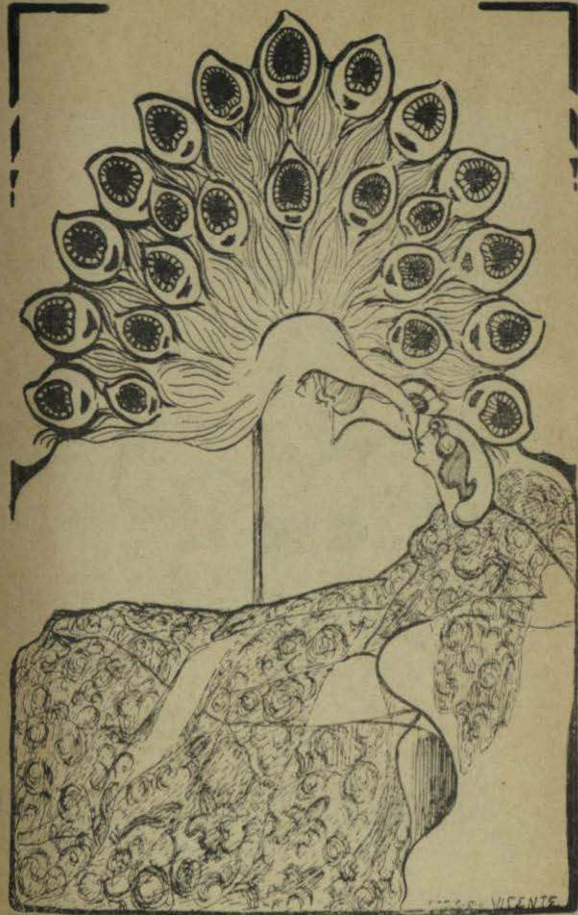
Campanas del crepúsculo... Divino
 repique vespéral ¿qué alegre coro
 de serafines vuelca tu tesoro?...

Se descubre, y postrado en el camino,

reza y bendice á Dios el campesino,
 mientras á tu clamor, claro y sonoro,
 se vierte en plata y se desborda en oro
 el cáliz del silencio vespertino!...

A tu son el Arcángel tiende el vuelo
 en un glorioso y melodioso alarde,
 para llevar hasta el azul del cielo,

en sus manos, cual ramo de azucenas,
 el último suspiro de la tarde
 y las plegarias de las almas buenas!...



LOS DIÁLOGOS ETERNOS